



EL MÚSICO

*¿Puede la música curar?
¿Puede la música... matar?*

ENRIQUE GÓMEZ MEDINA

PRÓLOGO (UN AÑO ANTES)

La gota. Una, otra vez. Machacona, incansable. ¿Por qué sonaba tan fuerte? Retumbaba en su cerebro. Hacía vibrar su cráneo. Iba a volverle loco. Pero no era solo la gota. También estaba el zumbido. Rodrigo estaba seguro de que el aparato que había junto a su cama antes no zumbaba así. Y el siseo... Debía haber algún conducto de oxígeno tras la pared, en la cabecera de la cama; quizá tenía una pequeña fuga, porque también lo escuchaba.

¿Por qué todo sonaba tan fuerte?

¿Y por qué no veía?

La venda. Llevaba una venda en los ojos. Con un esfuerzo sobrehumano, como si su brazo pesara una tonelada, llevó su mano hasta ella y se la arrancó.

Negro.

Pasó sus dedos por encima de sus párpados. Escocía. Estaban abiertos.

Pero seguía sin ver nada.

Su pulso se aceleró. Escuchó su corazón por encima de los otros ruidos de la habitación. ¿Qué estaba pasando?

—Mamá. Papá.

Silencio.

—¡Mamá!

“Ah, sí, mi padre dijo que iba a sacar a mi madre de aquí, aunque fuera a ducharse y a tomar un buen desayuno”. Rodrigo debía haberse quedado dormido. ¿Cuánto rato llevaban fuera?

Entonces le llegó un nuevo sonido, del otro lado de la puerta. Pasos. Una sola persona. Por el peso, un hombre. “¿Papá?”. Al instante supo que no. Su padre nunca llevaría zuecos de plástico. El entrechocar del fonendo contra los bolígrafos del bolsillo le indicó que era un médico.

Los pasos se detuvieron justo delante de la puerta. Una respiración profunda. La mano sobre el picaporte. El chasquido metálico, como un disparo. Más pasos; se estaba acercando hacia su cama. Se detuvo a unos centímetros de ella.

Como si acabara de tomar una decisión difícil, el hombre inspiró con fuerza; no había vuelto a hacerlo desde que entró en la habitación. Rodrigo escuchó las venas del médico hinchándose y deshinchándose con el pulso acelerado, la transpiración abriéndose paso por los poros de su piel y, por fin, un carraspeo. Pero, antes de que hablara, lo hizo él:

—¿Han muerto los dos?

Rodrigo le apretó la mano. Le habían llevado en una silla de ruedas hasta la UCI y, aunque no era horario de visitas, le habían dejado permanecer al lado de su padre.

Notó su debilidad.

Por encima del zumbido de las máquinas, que obligaban a sus pulmones a bombear aunque no quisieran, le llegó el latido de su corazón. Muy frágil. Su padre, hace unas horas ejemplo de vigor y fortaleza, ahora apenas se sostenía vivo pendiente de un hilo.

Rodrigo le apretó la mano más aún. Era lo único que tenía.

Su madre ya no estaba. Había muerto en el accidente. El coche en el que ambos volvían hacia el hospital se había salido de la carretera sin ningún motivo aparente y se había estrellado contra una protección de hormigón que lo partió en dos. “Tu padre se debió dormir”, le había explicado el médico.

Mentira.

Su padre nunca se dormiría al volante.

Pero ¿qué más daba? El caso es que había perdido a su madre, que venía a cuidarle a él. E iba a perder a su padre.

Una inspiración más fuerte. Rodrigo aguzó el oído. Más aún. Escuchó las resacas cuerdas vocales de su padre intentando arrancar. Un murmullo tenue incluso para él.

—Rrrrodrig...

Rodrigo le apretó la mano de nuevo y notó la tensión en sus dedos en respuesta. Sin que los enfermeros reparasen en el gesto, se recostó sobre el pecho de su padre, aproximando el oído a su boca.

—Te... qui... e... ro.

Un nudo como una piedra se le formó en la garganta cuando Rodrigo intentó contestar: “Yo también, papá”. Pero el hombre, apremiante, no le dejó.

–Hu... ye.

Una vibración distinta, como un calambre de alta tensión, le llegó de su padre a través de la mano y le recorrió entero, erizándole cada cabello.

Las máquinas aullaron, se formó un gran revuelo de enfermeros y médicos que le apartaron y se entregaron con frenesí a su trabajo. Pero ya era tarde.

Su padre se había ido.

DESENGAÑO

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

“El suficiente para darme cuenta de que ella es mejor que tú”.

—Unos meses.

—¿¡Has estado mintiéndome cada vez que venías a casa, cada vez que me besabas, durante meses!?

—Nunca te he mentado.

—¡No, claro! Solo que no te pareció un dato importante el hecho de que te estuvieses tirando a otra.

—Es que no lo era. No importaba tanto... al principio.

Mar sintió una punzada de dolor.

—Eres un hijo de puta.

—Ya lo sé... Lo siento. Si supieras cómo lo siento...

Mar pudo escuchar cómo sonaba un “click” en su cerebro.

—¿Que lo sientes? ¿¿¿QUE LO SIENTES??? Solo te jode hacerme daño porque te vas con la conciencia llena de mierda. Solo me lo has contado para dejar de sentirte culpable, aunque a mí me destroces. Eres un hijo de puta y un cobarde. Y lo que más me revienta es que me siento ridícula. Por haberme dejado engañar. Creí que eras un tío legal. Y fuerte. Y eres un mierda. Llévate aquí grabado —dijo apretando el dedo índice contra su frente—. Eres un mierda y a partir de hoy ya no podrás dejar de serlo. Vete de mi casa.

—Mar...

—¡QUE TE VAYAS, COÑO!

Él cogió las bolsas de plástico donde había metido sus cosas y salió. Al cerrar la puerta echó una última mirada, intentando cruzarla con la de Mar, pero ésta ya se había dado la vuelta y caminaba por el pasillo.

Mar sí era fuerte.

Llegó a su habitación y se tumbó en la cama que todavía olía a él. Miró un instante a la mesita de noche, donde descansaba un vaso de agua a medias. En su borde, las huellas de dos labios distintos.

Solo entonces lo supo. Hundió la cara en la almohada y dejó que las lágrimas la empaparan.

Se había ido.

PRESENTE, AÑO 2021

LA CUEVA DEL OGRO

–Otro más –suspiró Mar cerrando una nueva carpeta de cartón.

Menéndez, sacándose el palillo de la boca para resaltar la importancia de su comentario, replicó con sorna.

–Así les quitas el polvo, que falta le hace al archivo.

Mar asintió. En el fondo, sabía que eso era precisamente lo que estaba haciendo. Ella esperaba acción; todos los días, al vestirse, enfundaba la pistola pensando si ese sería el día. Pero en los meses que llevaba en el departamento, solo le habían encargado leer casos viejos.

De pronto, sin saber por qué, notó como la ira le ascendía desde el estómago hasta el entrecejo. Se ajustó la coleta del pelo, que ya llevaba tirante, se levantó haciendo chirriar la silla y se encaminó al despacho del comisario Anglona con la carpeta de cartón todavía en la mano.

–Oh, oh –murmuró Menéndez, recolocándose en su asiento para no perderse nada.

Mar golpeó con los nudillos en la puerta abierta. El comisario no levantó la vista.

–Dígame, Espinosa.

–¿Hasta cuándo me va a tener leyendo casos de la época de nuestros abuelos? –soltó Mar agitando la carpeta en el aire.

Al instante se arrepintió. Vio cómo se ensanchaban las aletas de la nariz del comisario, se le adelantaba el mentón y la mirada, aún clavada en el papel que tenía en la mano, se le cargaba de energía, como si estuviera a punto de disparar un rayo láser por los ojos. Tentada estuvo de agacharse y cubrirse con el brazo, pero aguantó a pie firme, con la carpeta todavía en alto.

El comisario soltó el aire lentamente. Consejo de su médico. Solo entonces levantó la cabeza.

–Hasta que a mí me salga de los cojones.

Las piernas de Mar flojearon, pero decidió jugarse el todo por el todo.

–“El asesino vudú” –leyó el rótulo manuscrito–. “2010–2012”. ¡Hace casi diez años! Y el atestado es una mierda. Un montón de recortes de prensa que aseguraban que el asesino era alguien que mataba a distancia, mediante magia negra. He tenido que tragarme tratados enteros sobre mutantes, sectas secretas, venenos desconocidos, hechizos africanos... hasta extraterrestres.

El comisario no abrió la boca. Recordaba perfectamente a Zambrana, el pseudoperiodista que encontró su filón novelando un caso absurdo a base de teorías conspiranoicas y de paso ridiculizando a la policía. Lo malo es que a la gente le encantó la historia. Su blog fue el más leído durante meses.

–Suspendido por falta de pruebas. Nos ha jodido. ¿De verdad que no hay nada más provechoso que pueda hacer? –Mar bajó la mirada hasta enfrentarla a la del comisario, aunque tragó saliva antes de continuar–. No me he sacado un grado en Criminología y Psicología, aprobado una oposición con el récord de edad en España y pasado dos años en la academia con las mejores calificaciones... para esto.

El comisario Anglona le sostuvo la mirada sin ningún esfuerzo, pero soltó el papel que sostenía en la mano.

–Cierra la puerta, por favor.

Mar le hizo caso, santiguándose por dentro en cuanto le dio la espalda. Había notado el cambio de tratamiento. Acababa de cagarla bien.

Pero, en lugar de gritar, como ella esperaba, el comisario Anglona habló más bajo que antes. Mar tuvo que inclinarse para escucharle.

–No te voy a mandar ahí fuera hasta que no te encuentre un grupo de fiar.

La respuesta dejó a Mar un tanto desarmada.

–¿Barros?

–Es un patán que solo piensa en su jubilación. Y yo también.

–¿Menéndez?

–Un salido, un puto acosador.

–¿Paula?

–Es inspectora investigadora, como tú. Demasiado novata.

Ambos se quedaron en silencio, cada uno mirando al vacío frente a sus ojos. Por fin, el comisario hizo un gesto con la mano, como apartando el pensamiento de su mente.

—Te buscaré a alguien, no te preocupes. De esta semana no pasa, te lo prometo. Mientras tanto, dile a Barros que te pase alguno de sus casos. Tiene... demasiado trabajo.

—Ya.

Ambos se quedaron unos instantes en silencio, hasta que una melodía de piano les interrumpió. El móvil del comisario. Mar se apresuró a hablar antes de que contestara.

—Gracias.

—De nada. Haz un buen trabajo.

Mar se giró hacia la puerta, esperando sin reconocerlo que el comisario le hubiera dedicado alguna palabra más antes de abrirla. Quizá algo... sobre su padre.

Él siempre decía que Anglona era el más inteligente de los dos. Y quizá tenía razón. O quizá, si no se hubiera inmiscuido en aquel atraco cuando no estaba de servicio y ahora siguiera vivo, también habría llegado a ser comisario. Los dos juntos fueron durante años la pareja más eficaz del cuerpo, ejemplo para muchos. También para ella.

Por un momento se vio a sí misma, en su pupitre del instituto. Era el último curso y había que pelear por cada décima en la nota para poder elegir una carrera que mereciese la pena. Estaba en un examen de Física. Recordaba perfectamente el problema de Dinámica, una esfera sobre un plano inclinado, que estaba haciendo cuando sonó aquella fatídica llamada en la puerta. El director entró y habló en voz baja con su profesora, que cerró los ojos antes de buscar los de Mar con la mirada. Habría jurado que estaban húmedos.

El director pidió a Mar que saliera. Tenía que darle una noticia. Una noticia muy mala. Tan mala, que Mar se clavó el portaminas en la mejilla al retirarle el brazo, incapaz de creerla. Aquel día recibió dos cicatrices: una en la mejilla y otra mucho más profunda.

Mar giró el picaporte y salió del despacho. En cuanto enfiló el pasillo que llevaba de vuelta a la oficina notó los ojos de Menéndez clavados en ella, y no precisamente en su cara. Le fulminó con la mirada y se encaminó

al puesto de Barros, que se encontraba absorto en su pantalla. Cuando vio que Mar se dirigía a él, se apresuró a minimizar la ventana que tenía abierta.

–Hola, guapa, ¿qué tal con el ogro?

–Bastante bien. No sé a qué viene tanto miedo.

–Nosotros no tenemos tus armas, bonita.

–Heckler & Koch 9 milímetros –dijo Mar dando un par de toquecitos a su cadera–. Como la tuya.

–Ya –respondió Barros, sujetando la mirada para no desviarla de sus ojos–. ¿Qué se te ofrece?

–Ha dicho Anglona que me pases alguno de tus casos, que estás sobrecargado.

Barros levantó una ceja, sorprendido, pero se apresuró a inclinarse sobre el montón de archivadores de cartón que reposaba a un lado de su mesa. Cogió el que estaba más al fondo.

–Toma. Un caso importante.

Esta vez la que levantó una ceja fue Mar. Echó una mirada al encabezado: “El Músico”, aparecía anotado a mano sobre el número de expediente. La fecha de la primera anotación era de casi un año atrás.

–¿Quieres que te cuente? Tengo mi propia opinión.

–Deja que me lo mire primero –le interrumpió Mar–. Así entreno. Luego me cuentas.

Barros asintió despacio. Después sonrió, igualmente lento. “Listilla”.

–Todo tuyo.

Mar casi pudo sentir el dedo corazón de Barros desplegarse a sus espaldas, mientras caminaba alejándose de él. Prefería estar a solas mientras estudiaba el caso, así que cogió su bolso y salió. Fuera llovía. Mar tapó la carpeta con su cazadora y corrió hasta su coche, un Opel Corsa que acababa de cumplir catorce años, según su dueño anterior. Su sueldo no daba para planes Renove. Si apenas daba para pagar el seguro. Se sentó, dejó el bolso en el asiento del copiloto y abrió la carpeta. Con cuidado, extrajo su contenido: varias fotografías y el consabido informe.

El morbo le hizo mirar un par de fotos antes de leer el atestado, pero se contuvo de continuar. Quería saber de qué iba el asunto. “El Músico”. Parecía que alguien hubiera buscado un buen eslogan para los titulares de

los periódicos. Sin embargo, en aquellos meses el caso había pasado totalmente desapercibido para todo el mundo. Para todos, menos para él: Laureano Gracia, cuarenta y siete años, catedrático de Historia y Ciencias de la Música. Un martes cualquiera, se levantó y acudió a su despacho en la Universidad Autónoma. Tenía una clase a las once de la mañana, pero nunca llegó a darla. A las nueve se reunió con su doctorando, un joven prometedor llamado Rodrigo Iniesta y, mientras abría el correo y comentaba con él los avances de su proyecto, murió. Causa de la muerte: infarto cerebral.

Hasta aquí, todo normal. Cuarenta y siete es una edad en la que estas cosas pasan, a pesar de la vida sana y casi asceta que llevaba el profesor. Una pequeña inmundicia que se atasca en algún capilar de los que riegan el cerebro y ¡catapluf! De vivo a muerto en un segundo.

Pero solo en un caso entre diez mil millones coincidiría con que a su doctorando, de veinticinco años de edad, le ocurriera lo mismo y al mismo tiempo.

El chico sobrevivió, aunque con graves secuelas. Perdió la vista y nunca se recuperó del shock emocional. La autopsia sobre el cuerpo del profesor no dio ningún resultado positivo en cuanto a toxinas se refería. Tampoco hubo lesión eléctrica, ni traumatismos, así es que solo se podía atribuir a una de esas casualidades que, una vez cada mil años, suceden en la naturaleza.

—¿Por qué insistimos en estas cosas? —murmuró Mar con fastidio.

Tomó las fotos entre sus manos. Casi todas eran del profesor, apoyado en su mesa como si estuviese echando la siesta con el ordenador encendido. Al sufrir la parálisis se había desplomado hacia delante hasta que su cabeza topó con la madera. Lo que más llamó la atención de Mar fue la expresión de su rostro. Totalmente contraído, en una mueca que Paul Ekman habría catalogado como de intensa repugnancia. O de terror.

Mar lo observó largamente, incapaz de apartar sus ojos de él, hasta que unos golpes en el cristal de su coche la devolvieron a la realidad con un sobresalto.

—¡Qué susto me has dado, tía! —dijo mientras abría la puerta del copiloto y quitaba el bolso del asiento.

—¡Joder, me estoy calando! Llévame hasta mi coche.

En realidad su coche estaba dos plazas más allá.

—Le vas a quitar a Barros el título de “más vago del departamento”.

—¿Qué tenemos? —preguntó Paula quitándole a Mar de las manos la carpeta de cartón.

—Otra mierda de la que nadie se acuerda. Un tío al que le dio un ictus, y contagió a otro que andaba por allí.

Paula sacó el labio inferior mientras cotilleaba las fotografías.

—Algo le debió sentar mal —dijo al observar el rostro desfigurado del hombre— ¿Sabéis si acababa de comer en la cafetería de la universidad? Dicen que es peor aún que la de la academia. Por cierto, ¿quién es este? —sostuvo en alto la última foto, en la que aparecía el joven doctorando— No está mal.

—No está mal, no. El problema es donde vive.

—¿Muy lejos?

—No, en realidad está a tres manzanas de aquí. En el manicomio.

Paula levantó las cejas como diciendo “qué lástima”.

—¿Vas para allá?

—Qué remedio.

—No hables mucho, a ver si no te van a dejar salir.

—Tendré cuidado.

—¡Eh, ánimo! Cualquiera diría que Anglona te ha echado la bronca.

—Lo ha hecho. Se me ocurrió sacar el tema de la mierda esa del asesino vudú y luego...

—¡Ja, ja, ja! A ti también te lo pasaron. Debe ser la novatada que nos hacen a todos. ¿Te gusta cómo quedó el informe? Es que perdí la carpeta original y la tuve que rehacer como pude. El caso es que, hace poco, encontré la buena en casa; debí llevármela cuando todavía me motivaba mi trabajo... La metí en una bolsa monísima y la tengo allí en medio. Todos los días pienso en traérmela y todos los días se me olvida. Estoy por tirarla a la basura.

—¡Qué raro, con lo ordenada que tienes tu casa!

—¡Menos cachondeo, y a ver si te vienes un día y me ayudas! Pago en cervezas.

Paula besó rápidamente a Mar y salió bajo la lluvia.

–¡Si lo sé, no me ducho esta mañana! –gritó mientras corría tapándose la cabeza con el bolso.

–Tú nunca te duchas por la mañana, friolera.

EL MÚSICO

Mar estiró el brazo lo que pudo, empapándose, pero al final se tuvo que bajar del coche para llamar al portero automático.

–¿Diga? –respondió una voz metálica.

–Mar Espinosa, inspectora de policía.

Si no hubiera estado lloviendo a jarros, posiblemente habría escuchado el crepitar de la estática del micrófono en el silencio que se hizo.

–¿Qué coño pasa? –murmuró. En las películas, esa frase abría todas las puertas al instante.

Por fin, un chasquido y la verja metálica comenzó a deslizarse hacia un lado, parsimoniosa.

Mar nunca había estado en un sanatorio psiquiátrico. No sabía muy bien lo que la esperaba. Se imaginó una sala repleta de hombres vestidos de pijama azul, gritando, saltando, gruñendo... Poco menos que animales salvajes. Una marabunta que destrozaría a una chica joven y menuda como ella en cuestión de segundos.

Sacudió la cabeza.

–Chorradas.

Pero, al bajar del coche, tanteó en un acto reflejo la pistola que llevaba oculta en la cadera.

Corrió hacia el edificio principal, un tanto viejo pero agradable. Pintado de blanco hacía poco, con columnas formando soportales, le recordaba a una casa colonial tipo sureño. “Tara”. Mar se sobresaltó al percatarse del juego de palabras.

Entró sacudiéndose la lluvia bajo la atenta mirada de una mujer vestida de blanco, que la observaba desde detrás de un mostrador.

–Buenos días –la saludó Mar–. Vaya día.

La mujer tan solo asintió con la misma media sonrisa que parecía llevar instalada de serie.

–Vengo a ver a un paciente. Rodrigo Iniesta. Forma parte de una investigación. Ya está avisado el director del centro.

–Deje que lo compruebe, por favor.

Sin separar la vista de Mar, alcanzó el auricular de un teléfono y marcó un número memorizado.

–Buenos días, doctor Romero. Tengo aquí a una señorita que quiere visitar a Rodrigo Iniesta. Dice que es policía.

Pausa.

–Perfecto, muchas gracias –y, dirigiéndose de nuevo a Mar–. Aguarde un momento, por favor. Enseguida acudirán a recibirla.

Mar asintió y buscó con la mirada un lugar donde acomodarse. Como no lo encontró, se quedó allí de pie, observando las fotos que colgaban de las paredes. Fotos del edificio, en primavera, con sus verdes jardines y sus flores. En algunas posaban internos, con la misma sonrisa inexpresiva de la recepcionista. Mar la miró de reojo. ¿Estaría medicada?

Al poco rato apareció por una puerta doble un hombre vestido con el mismo uniforme blanco que la recepcionista. Un celador.

–Buenos días –dijo sosteniendo la puerta abierta–. Acompañeme, por favor.

Al otro lado de la puerta había un gran pasillo acristalado, cuyas ventanas daban a un patio central, con árboles y césped. Si no hubiese sido por los desconchones y las manchas de humedad en la pintura, habría pasado por un convento benedictino, por la paz que transmitía.

–Me llamo Román –dijo el celador, tratando de intimar. “Yo haría lo mismo si tuviera que convivir el ochenta por ciento de mi tiempo con personas desequilibradas”, pensó Mar. Aun así, solo asintió con la cabeza.

Recorrieron todo el ala del edificio hasta las escaleras que había al fondo.

–Las habitaciones están arriba –informó el celador mientras subían. Se detuvo frente a la tercera puerta–. Esta es la de Stevie... Wonder.

Mar sonrió levemente, para halagarle. Aunque el comentario le había parecido grosero y sin pizca de gracia, quizá necesitase su ayuda más adelante.

Repasó mentalmente lo que sabía del paciente. Niño prodigio, había comenzado sus estudios de música a muy temprana edad. Dio su primer concierto importante con doce años. Terminó la carrera de piano con dieciséis y la de violín al año siguiente, saltándose varios cursos. También tocaba el clarinete y el arpa. Comenzó estudios de Ingeniería Informática,

pero no pudo permanecer mucho tiempo separado de la música. No había terminado el segundo año cuando se matriculó además en Musicología y retomó su vocación. Recibió las calificaciones más altas e inició su doctorado con una beca del Ministerio de Educación. Eligió a Laureano Gracia como jefe de tesis por sus estudios científicos sobre la música. El chico debía tener medio cerebro de artista y medio de técnico.

—Un consejo —añadió el celador—. Apague el móvil.

Mar le miró con aire interrogativo, pero le hizo caso, al menos a medias. Bajó el volumen hasta dejarlo en vibración.

El celador abrió la puerta y se apartó, observando la reacción de la mujer. Sonrió aviesamente cuando la mano en la que Mar aún sostenía el móvil se detuvo en el aire y sus ojos se abrieron como platillos de café.

La minúscula habitación contenía una cama, un armario, una pequeña mesa y una silla. Allí encontró a Rodrigo Iniesta. Tenía los ojos cerrados. Sus manos se unían sobre la cabeza como si estuviera rezando. Su pierna izquierda estaba plegada y apoyada sobre la derecha, que, como una columna griega, sostenía todo su peso ¡encaramado al respaldo de la silla!

—La postura del árbol —informó el celador en voz baja—. Aquí tenemos clases de yoga dos veces por semana. Rodrigo se puede pasar horas así. Va a ser difícil que se entreviste con él.

—¿Cuándo puedo encontrarle “despierto”?

—Suele respetar las horas de comida, si quiere esperar un poco...

En ese momento el teléfono de Mar se iluminó y se puso a vibrar.

—¡Le dije que lo apagara!

—Creí que...

Todo sucedió como un relámpago. La silla cayó al suelo y una sombra se abalanzó sobre ellos. Mar llevó la mano hacia su arma en un acto reflejo, pero el celador fue más rápido. Cerró la puerta de un portazo y echó la llave. Unos golpes brutales amenazaron con derribarla. Se escuchó un grito altísimo, desgarrador, como solo un loco podía dar.

Mar respiró. Su corazón se había puesto a mil por hora. El celador, sin embargo, seguía sonriendo. Sin duda estaba acostumbrado a episodios como ese.

—¿Está bien?

–Sí, no me lo esperaba. ¿No era ciego? Ha saltado por encima de la silla con una agilidad que ya quisieran muchos videntes.

–Es ciego. O al menos eso dicen sus informes médicos. Pero no necesita bastón, parece que adivinara dónde están las cosas. Como si tuviera un radar.

–¿Y lo de los móviles?

–No le gustan nada. Le perturban, ya lo ha visto. Y si está “escuchando a la Tierra”, como dice él, más aún. Por lo demás, es un chico tranquilo y apacible. No nos da apenas problemas.

–¿“Apenas”?

–¡Ja, ja! ¡Quiere usted saberlo todo! Bueno, hay gente con la que se lleva mejor y gente con la que se lleva peor, como usted o yo.

–Me interesan más aquellos con los que se lleva peor.

–Siempre buscando el lado oscuro ¿eh? Pues mire, como el director nos ha dicho que le demos toda la información que nos pida, le diré que en realidad, que yo sepa, solo se lleva mal con uno de los psiquiatras: el doctor Fuentes. No puede ni verlo.

–¿Se muestra violento con él?

–Usted dirá. Intentó estrangularlo. Le dio un ataque agudo. Le tuvimos recluido una buena temporada, en observación, ya sabe. Pero ya lo superó hace tiempo, le cambiaron de médico y santas pascuas. Lo que sí es cierto es que desde entonces su estado de salud ha empeorado bastante. Ya sabe que la mente y el cuerpo van más unidos de lo que parece –dijo llevándose dos dedos a la cabeza–. Es una pena, porque yo creo que es un buen chico. Le vamos a echar de menos.

–¿Cree que va a morir?

–Buffff, cuando empiezan así... Cualquiera día le encontramos colgado de una tubería.

Mar pensó que se estaba quedando sin caso antes de empezar.

–¿A qué hora comen? –preguntó.

–A la una.

–Mientras tanto, ¿podría presentarme al doctor Fuentes?

–Cómo no.

La llevó a través de otro largo pasillo sin parar de hablar. Una vez tomada confianza, el hombre resultaba incluso demasiado locuaz.

–Esta es su consulta –dijo llamando a la puerta.

–*¡Adelante!* –se escuchó una voz amortiguada desde el otro lado.

–Buenos días –saludó el celador abriendo un poco la puerta–, me acompaña la inspectora de policía Mar Espinosa. Ha venido a visitar a Rodrigo Iniesta. ¿Podría atenderla usted un momento? Tiene algunas preguntas.

–Por supuesto, pase –dijo en voz más alta para que Mar pudiera oírle. Al instante apareció en la puerta un hombre alto y pulcro, que estrechó la mano de Mar.

El celador se despidió con una servicial sonrisa.

–Siéntese, por favor –indicó el hombre invitándola a entrar.

–Me llamo Mar Espinosa, soy inspectora de la policía judicial –le dijo mostrándole su identificación.

–¿Me permite verla más de cerca? Siempre salen en las películas y me pica la curiosidad.

Mar dudó un instante. Había conseguido descolocarla.

–Sí, claro –respondió tendiéndosela. Se sintió como si le estuviese entregando su ropa interior.

El doctor la estudió con calma. Finalmente se la devolvió.

–No parece muy difícil de falsificar.

A su pesar, Mar se sintió irritada.

–Si quiere hablar con mi superior...

–¡Ja, ja, ja! No me malinterprete, no dudo de su identidad. Solo era un comentario curioso. ¿Qué desea saber de Rodrigo Iniesta? Por cierto, llámeme Sergio.

Mar retomó el control.

–Me han encargado revisar el caso de la muerte del profesor Laureano Gracia –miró al psiquiatra para comprobar si estaba al corriente, pero este no mostró signo alguno que permitiera adivinarlo–. Sufrió un infarto cerebral, que fue lo mismo que provocó el estado actual de su paciente, según tengo entendido.

–Efectivamente, una apoplejía, que le dejó algunas secuelas físicas evidentes, y también en su psique. Diría que más aún en su psique. Como viene de las habitaciones, quizá ya habrá podido comprobarlo.

—Sí, hace unos minutos. Si no llega a ser por el celador, se habría abalanzado sobre mí —el doctor asintió, como corroborando algo que él ya sabía— ¿Cuál cree que pudo ser la causa de la falta de riego en su cerebro?

El psiquiatra se echó hacia atrás en su asiento y cruzó los dedos ante su cara.

—Pueden existir muchas. Un pequeño coágulo viajero, un tumor, un golpe, una lesión en una arteria, hipertensión... Nosotros no participamos en la investigación; llegó aquí varios meses después del suceso, cuando lo único que quedaba eran las consecuencias. Pero por los informes que le acompañaban, y eran muy completos, no se encontraron rastros de golpes ni de tumores, y su tensión era normal, si bien un shock emocional le pudo producir un pico. El ser testigo de la muerte de tu profesor no debe ser plato de buen gusto. Además, al poco tiempo fallecieron también sus padres, en accidente de tráfico. Y se quedó ciego... Demasiado para cualquiera. Se escapó del hospital, había perdido la razón. Al final le encontraron vagando por ahí. El servicio social se hizo cargo de él al principio, y finalmente terminó aquí. Durante unos meses seguimos tratándole, mediante psicoanálisis y otras técnicas, para escudriñar en su subconsciente. Pero nada. Al final desistimos. Si la causa fue fortuita, no hay nada que hacer más que intentar aliviar sus síntomas. Suena duro, pero es así.

—¿Le trata usted?

Por primera vez, el psiquiatra pareció sentirse incómodo.

—No, es paciente del doctor Briñas.

—¿Le trató en algún momento? Conoce muy bien su historia.

El doctor dudó un instante. Después pareció tomar una determinación, respiró hondo y contestó.

—Sí, fue paciente mío al ingresar en el centro. Ya se lo han contado ¿no?

—Algo.

—Era un caso atractivo para mí —comenzó el psiquiatra—. Un joven brillante, que por un accidente ve truncada su vida. No se mostraba violento, y tenía esperanzas de cura. Nunca habría ingresado en el centro de haber tenido algún familiar que pudiera hacerse cargo de él. Normalmente solo nos llegan casos perdidos, en los que se intenta apartar

al enfermo de la sociedad, más que curarlo. Pero este era distinto. Muy distinto. Sobre todo porque el joven parecía haber desarrollado ciertas cualidades, digamos... fuera de lo común.

—¿Superpoderes? —preguntó Mar mientras comenzaba a asomar una sonrisa irónica en sus labios.

El doctor se recolocó en su asiento.

—Si usted hubiera visto lo que yo durante casi veinte años de tratar enfermos, quizá no se reiría. Lo que unos llaman locura, otros lo llamarían don. He visto gente que habla con los muertos, que adivina el futuro, que ve cosas invisibles para usted y para mí. Yo suelo hacer lo mismo que usted, me río y lo paso por alto; lo contrario sería demasiado aterrador. Pero con Rodrigo —miró su reloj— hay evidencias. Por la hora que es, le habrá visto usted haciendo “el árbol” ¿no es así?

—Parece que es de costumbres fijas.

—La rutina ayuda a calmar la mente, la favorecemos en lo posible. La cuestión es ¿cuánto tiempo cree que podría aguantar usted en esa postura?

Mar era buena en artes marciales, y en los entrenamientos realizaban muchos ejercicios de equilibrio.

—No sé. ¿Cinco minutos? ¿Diez?

—Guau. Yo no aguantaría ni uno.

—Más que resistencia física, es cuestión de concentración.

Una ligera sorna asomó a los labios del doctor.

—Rodrigo permanece en esa postura más de dos horas.

—¿En serio?

—Dicen que lo que nos desequilibra es el movimiento de la Tierra —pareció divagar el psiquiatra—. Creemos que el suelo que pisamos está fijo, quieto, pero en realidad no para de moverse. La Tierra rota sobre sí misma a más de cuatrocientos metros por segundo. Y se traslada alrededor del Sol a treinta kilómetros por segundo. Viajamos en una atracción de feria continua. Estamos tan acostumbrados, que ni nos damos cuenta. Pero cuando nos plantamos sobre una sola pierna, es distinto. Se siente más.

—Y Rodrigo lo hace sobre el respaldo de una silla.

—Increíble ¿no?

El doctor mantenía una expresión intrigante. Aún no había terminado.

—¿Cómo lo hace? —preguntó al fin Mar.

–Dice que puede escuchar a la Tierra. Sentir sus vibraciones.

–Así no necesita oír las noticias –Mar estaba dispuesta a no dejarse impresionar.

–Pues ha dado en el clavo. ¿Vio usted ayer el pronóstico del tiempo?

–La verdad es que no.

–Anunciaban un sol radiante durante todo el día.

Una ráfaga de viento hizo golpear con más fuerza la lluvia contra el cristal.

–Hoy había convocada una actividad al aire libre. Cuando lo anunciamos ayer en el comedor, Rodrigo dijo que no iba a poder ser –contuvo el aliento un instante–, que “escuchaba a las nubes acercarse”.

Un destello iluminó por un instante los ojos de Mar. Empezaba a picarle la curiosidad.

–¿Cómo intentó matarle? ¿Le golpeó con algo? –dijo señalando la lámpara dorada que se apoyaba sobre la mesa.

El psiquiatra, que creía haber eludido la cuestión, se enderezó un poco en su silla.

–No. Precisamente esa lámpara fue la que me salvó. Intentó estrangularme. Fue ahí, junto a la puerta, cuando ya nos estábamos despidiendo. De pronto me agarró el cuello con ambas manos. Yo intenté rechazarle y le golpeé con las rodillas, pero no aflojó en ningún momento. Lo único que conseguí fue retroceder hasta la mesa y tirar la lámpara al suelo. Gracias a Dios, en ese momento pasaban por el pasillo dos enfermeros. Escucharon el ruido y entraron. Entre los dos consiguieron que me soltara.

Mar se imaginó la escena, se había enfrentado a alguna situación violenta. En la realidad suelen consistir en forcejeos torpes, golpes fallidos, arañazos deshonrosos... Lejos de las peleas limpias y casi elegantes que se ven en el cine.

–¿Y por qué cree que lo hizo?

–No lo sé. No es la primera vez que me sucede, desde luego, pero con Rodrigo me pilló por sorpresa. No me lo esperaba.

–No le sonaría el móvil.

–Ya veo que sabe muchas cosas de él. No, siempre lo apagaba antes de la consulta. Además, aquella vez no fue un acceso súbito de rabia.

Durante toda la sesión se mantuvo muy sereno. Se diría que... –el hombre dudó un instante antes de continuar– Era como si lo hubiera premeditado.

Mar tomó nota. Miró su reloj: la una menos cinco.

–Muchas gracias por atenderme –dijo levantándose–. Con un poco de suerte, no volveré a molestarle más.

–No ha sido ninguna molestia –una sonrisa seductora volvió a asomar en los labios del psiquiatra mientras se ponía en pie para acompañarla hasta la puerta–. No solemos disfrutar de visitas tan agradables como la suya.

Mar sonrió cortésmente y cerró la puerta tras ella. El celador al que había conocido hacía un rato la estaba esperando fuera, apoyado en la pared.

–Rodrigo ya está en la sala común –dijo, incorporándose–. ¿La acompaño?

–Sí, por favor. Muchas gracias.

–¿Qué le ha parecido el doctor?

Mar pensó un instante antes de contestar.

–También le gustan los misterios.

Llegaron ante una puerta de dos hojas, metálica y con cerradura, con dos ojos de buey. El celador miró por uno de ellos antes de abrir, y sostuvo la puerta para que pasara Mar. Pero esta se detuvo antes de cruzarla. Sus ojos recorrieron de un vistazo la estancia desde la seguridad del pasillo. Recordó la imagen mental que se había hecho del lugar, y entendió que se había quedado corta.

Allí dentro había más de una veintena de personas, hombres y mujeres, de todas las edades. Algunos hablaban con grandes gestos, con o sin interlocutor. Otros tenían la mirada perdida en la lluvia al otro lado de los ventanales. Otros, simplemente en el aire vacío delante de sus ojos. Uno caminaba agachado como un simio, con los brazos casi arrastrando por el suelo. Dos de ellos gritaban palabras ininteligibles. Reinaba un completo caos.

Pero cuando entró Mar, las voces se acallaron. Los gestos se quedaron en vilo. Las miradas se enfocaron.

Algo nuevo.

Como un soplo de viento que trajese olor a primavera tras un largo invierno.

El celador apartó amablemente pero con firmeza a dos o tres internos que se dirigieron raudos hacia ella.

—Luego será vuestro turno —les prometió.

Mar dio unos pasos y poco a poco se fue integrando en la escena, las voces se elevaron otra vez y las miradas volvieron a diluirse en el polvo que flotaba frente a ellas.

Todas menos una.

Un joven pálido y con barba de varios días parecía observarla desde el rincón de un sofá.

Sin embargo, sus ojos estaban cerrados.

Tenía las ojeras muy marcadas, y la delgadez insana del que ha perdido demasiado peso en poco tiempo. Mar no le reconoció, a pesar de haberle visto en su habitación hacía un rato. Y apenas guardaba parecido alguno con la fotografía que guardaba en su carpeta.

El celador se dirigió hacia él.

—Hola, Rodrigo. Esta señorita ha venido a visitarte. Los hay suertudos ¿eh?

El joven no contestó.

El celador invitó a Mar a que se aproximara. Esta lo hizo, y tendió la mano hacia el chico en un acto reflejo.

—Buenos días, Rodrigo —saludó.

Pero el joven no hizo movimiento alguno.

Mar retiró la mano, avergonzada. El celador la tranquilizó con un gesto.

—Estaré por aquí, por si me necesita. Si hiciera buen tiempo, podrían pasear por el jardín. Pero así...

—Estaremos bien, no se preocupe.

El hombre se apartó unos pasos y se puso a charlar con otros internos, manteniéndolos a raya con exquisita pero firme diplomacia. Mar se sentó. ¿Cómo sería mejor empezar? ¿Preguntándole directamente qué sucedió aquel día? ¿Hablando de su profesor? ¿De él mismo? No podía evitar pensar que ese joven, en apariencia tranquilo, había estado a punto de asesinar a su médico a escasos metros de distancia de allí.

–¿Te gusta el yoga?

No hubo respuesta.

–Me han dicho que pasas muchas horas al día haciendo meditación. Siento mucho haberte interrumpido antes.

Silencio.

–Esto va a ser cojonudo –murmuró Mar–. Bueno, al grano. Estoy aquí para intentar descubrir qué os sucedió a tu profesor y a ti. Es muy raro que a los dos casi os reviente el cerebro a la vez. Para mí que quisieron cargarse al profe, con veneno o algo así, y a ti te pilló de paso. Daños colaterales, ya sabes. ¿Con qué andaba liado?

Nuevo silencio.

Mar se giró en el asiento y llamó al celador por señas.

–¿Seguro que entiende el castellano?

–Totalmente seguro. Ayer mismo le oí insultar al cocinero al menos de quince maneras distintas. La verdad es que se le había pegado demasiado el cocido –dijo lanzando una mirada de complicidad al joven–. Pero solo habla cuando le apetece. Rodrigo, sé amable. Si no, la señorita no volverá a visitarte. ¿Para qué? ¿Para hablar con una pared?

El chico no se movió, pero algo cambió en su respiración. ¿Había asentido? El celador le dio un golpecito en el hombro y se alejó de nuevo.

Mar retomó el hilo.

–¿Se te ocurre alguien que quisiera matar al profesor? –de pronto le vino a la mente una posibilidad– ¿No tendría un lío con alguien? Un crimen pasional.

Silencio.

–Hablo demasiado –dijo Mar, suspirando. De pronto la invadía un gran desánimo. Quizá el muchacho necesitase tomar algo más de confianza. O quizá hoy no fuese su día. Decidió dejarlo correr.

Recogió la carpeta, de la que habían asomado algunas hojas, y se puso en pie.

–Volveré otro día, Rodrigo. Estás en tu derecho de no contarle tus cosas al primero que pase.

Mar aguardó un instante, dándole una última oportunidad. Pero el joven no se movió. Así es que hizo un gesto de despedida al celador y se dio la vuelta.

–Fueron ellos. Y volverán a hacerlo.

La policía se giró. No sabía si había escuchado bien. A fuerza de no hablar, la voz del chico había sonado ronca y extraña.

–¿Cómo has dicho?

Pero Rodrigo siguió quieto como una estatua, sin pronunciar una palabra. El celador se había acercado para acompañarla hasta la puerta.

–Hoy toca silencio ¿no? –le dijo al chico, sonriéndole– Tú sabrás. Si a mí viniera a verme una chica así, yo intentaría por todos los medios que se quedara a pasar el día.

Mar se quedó observando al joven, por si hacía algún nuevo intento, pero no ocurrió nada.

–¡Ahora me toca a mí! –gritó un hombre con una poblada barba negra, con los ojos muy abiertos, no se sabía si de alegría o de enfado.

–Eh, tranquilo, Darío, la señorita va a ir un momento al baño. Luego será tu turno ¿vale?

Mar se pegó al celador mientras atravesaba la sala de vuelta hacia la puerta. No estaba asustada, pues sabía que podría reducir a cualquiera de aquellos hombres en cuestión de segundos. Pero habría odiado utilizar la violencia con ellos, y ella no tenía tanto tacto como el celador.

Cuando se encontró de nuevo en la calle, no corrió hasta su coche. Caminó despacio, dejando que la lluvia mojara su pelo. Una vaga melancolía se había instalado cómodamente en su interior. La lluvia parecía aliviarla.

–Malditos días grises –dijo cuando se sentó en el asiento de su Corsa.

No fue consciente de que varios rostros la observaban mientras se dirigía a la salida del aparcamiento y se abría la verja de seguridad. Uno de ellos se quedó pegado al cristal hasta que el rumor de su motor se alejó por el paseo y acabó fundiéndose con la lluvia.

**¿Te has quedado con ganas de más? Llega hasta el
final por solo 2,99 € en:**

